

El

Hombre Misterioso.

EL HOMBRE MISTERIOSO.

COMEDIA EN DOS ACTOS

ARREGLADA AL TEATRO ESPAÑOL

POR

D. ANTONIO GIL Y ZÁRATE.



MADRID.

IMPRESA DE REPULLÉS.

1842.

PERSONAS.

ACTORES.

DON CELEDONIO PANIAGUA.	<i>Don José García Luna.</i>
DON FERNANDO CONTRERAS.	<i>Don Pedro Sobrado.</i>
DOÑA ROSA, <i>su muger.</i> . . .	<i>Doña Matilde Díez.</i>
EL CONDE DEL SAUCO. . . .	<i>Don José Castañon.</i>
DON LUIS VELAZQUEZ, <i>jóven</i> } <i>pintor.</i> }	<i>Don Florencio Romea.</i>
ZEFIRINI, <i>italiano.</i>	<i>Don Mariano Fernandez.</i>
PASCUAL, <i>criado de don</i> } <i>Fernando.</i> }	<i>Don Ignacio Silvestri.</i>
ANA, <i>criada de doña Ro-</i> } <i>sa.</i> }	<i>Doña Francisca Casanova.</i>
DOÑA GERÓNIMA, <i>patrona</i> } <i>de una casa de hués-</i> } <i>pedes.</i> }	<i>Doña María Córdoba.</i>



La escena es en Madrid: el primer acto en casa de don Fernando, y el segundo en la de don Celedonio.



Esta Comedia, que pertenece á la Galeria Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y extranjero; quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837, y la de 16 de Abril de 1839, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.

Acto primero.

Una sala. A la derecha una puerta que da al comedior. A la izquierda otra, que es la del cuarto de Rosa. Al foro la puerta de entrada general, y á los lados otras dos mas pequeñas.

ESCENA PRIMERA.

PASCUAL. ANA.

(Óyense carcajadas á la derecha.)

Pascual. (Saliendo por el foro.) Aun estan almorzando... bueno... podré tener un rato de parleta con Anita... *(Yendo á la izquierda.)* Pst... pst... Ana... Anita.

Ana. (Saliendo con cuidado.) Estamos solos?

Pascual. Solos... los demas criados estan ocupados por aquella parte... y bien ocupados.

Ana. Y la señora está en su cuarto.

Pascual. Siendo asi, no hay cuidado.

Ana. Es que si supieran que nos entendemos... tú, ayuda de cámara y el hombre de las confianzas del amo... yo, doncella y confidenta de la señora... Los demas criados nos tienen envidia; y como llegasen á averiguar que nuestros intereses son los mismos...

Pascual. No te apures por eso... Siempre disputando.

Ana. Sí... en la apariencia... Con todo, estoy ahora por regañarte de veras... Con que te fuiste ayer de Madrid sin decirme nada?

Pascual. Fué un viaje repentino... tú sola sabes la hora

verdadera de mi vuelta... Para el señor, acabo de llegar: para los demas, no he salido de Madrid... Este viaje es un secreto... ayer noche te lo iba á contar todo, cuando me interrumpieron... (*Risas á la derecha.*) No traen mala broma!

Ana. Hay convidados?

Pascual. Los de siempre... en primer lugar el conde del Sauco, ese habanero tan rico y tau burlon... apostaria á que se está divirtiendo á costa de aquel buen viejo...

Ana. Don Celedonio Paniagua?

Pascual. Pues... el mismo... Ya se ve: quién no se ha de reir de él con aquel traje de hace cuarenta años... aquel casacon... aquellos calzones... aquellos zapatos con hebillas...

Ana. Es hombre raro... pero si sigues mi consejo, no hables mal de él, porque nos podria perjudicar.

Pascual. Es cierto que hace rabiár á todo el mundo: hasta al mismo conde, que me ha prometido una buena gratificacion si averiguo quién es... pero por mas que hago, nada logro saber, sino lo que todos saben, y lo que él mismo quiere decir; que es propietario, y ha estado en otro tiempo en América, donde no ha debido hacer muy buenos negocios, puesto que vive ahora en una mala casa de posadas, y junto á las estrellas. En fin, sé tambien que ha salvado la vida á mi amo; pero ignoro los pormenores.

Ana. La señora me lo ha contado. Habrá unos ocho dias que don Fernando fué á visitar una hacienda que tiene á unas cuantas leguas de aqui, y que trata de vender, segun dicen. Iba á caballo: el animal se espantó, echó á correr desbocado, y el amo hubiera perecido, á no ser por un hombre que salió de repente de detras de unas matas, y le detuvo con riesgo de su vida. Este hombre, á quien ya se habia visto vagar al rededor de la hacienda, era el tal don Celedonio. Por qué se hallaba alli? esto es lo que no se sabe. Hay quien supone que es el agente de algun acreedor de don Fernando, encargado de averiguar el estado de aquella posesion... Sea lo que fuere, agradecido á tan gran servicio, el amo le ofreció su casa.

Pascual. A un hombre desconocido...! Y tú por tu parte, has averignado algo?

Ana. He observado que en pocos días se ha hecho casi el amo de casa. Lo que mas me pasma, es que ya la señora le habia visto antes, y que cuando está á su lado la mira con unos ojos... por lo demas muy buen sugeto: activo, alegre, servicial... solo que gasta á veces unas chanzas... no parece sino que cuando habla es para hacer hablar á los demas... y luego, tiene gusto en ser pájaro de mal agüero... siempre anunciando desgracias... siempre mirándole á uno y leyendo todos sus pensamientos... siempre husmeando y averiguándolo todo...

Pascual. Como que todo lo sabe, todo lo adivina... y aun profetiza á veces.

Ana. Me haces caer en ello... hará cosa de tres ó cuatro días que pasando á mi lado, murmuraba entre dientes: "para Junio, ruina, desolacion, perdicion completa."

Pascual. Pues procuremos ambos ganar la gratificacion prometida. Observémosle á la vez: tú te encargarás de sus acciones, de sus gestos: yo de sus palabras; y uniendo así nuestras observaciones... Pero él es... cuidado.

ESCENA II.

DICHOS. DON CELEDONIO.

Celedonio. (Saliendo y tirando su servilleta.) Uf! qué calor...! Por mas agua que uno beba...

Pascual. (Fingiendo enfado.) No tengo cuentas que darla á usted... sea usted menos curiosa.

Ana. (Lo mismo.) Y tú eres un insolente, un tunante.

Celedonio. Qué es esto? Disputa tenemos...? Siempre lo mismo. No parece sino que lo hacen adrede... Jamas he visto dos personas que vivan peor juntas. Sería obra de caridad el separarlas... (A Ana.) Quieres que emplee mi influjo para hacerle saltar de aqui?

Pascual. Ella es la que tiene la culpa. Es curiosa, indiscreta.

Celedonio. Mal hecho, querida, muy mal hecho: la indiscrecion es un pecado muy feo... Quieres averiguar los secretos de un fiel servidor que merece la confianza de don Fernando! (Bajo á Pascual.) Apostaría á que te pedía pormenores acerca de tu viaje á Toledo.

Pascual. Pues qué, sabe usted...

Celedonio. Como si tuviera ella necesidad de saber que tu amo te ha mandado á pedir prestados diez mil duros á su amigo don Antonio...

Pascual. Chito.

Celedonio. Ya se ve que chito; y mas cuando el tal amigo se ha negado á darlos.

Pascual. Este hombre es el demonio.

Celedonio. No conviene nunca que se divulguen los secretos de una casa... Tampoco tú, hija mía, irás á decir á tu ama que al año y medio de matrimonio su marido anda en picos pardos, que juega, pierde, pide dinero prestado, y se arruina por otra.

Ana. Oh! nunca se lo diré.

Celedonio. Esas cosas se callan... Tampoco le dirás que para pagar sus deudas ha consentido en hipotecar una de las haciendas que le ha traído en dote su muger.

Ana. De veras?

Celedonio. Demasiado pronto lo sabrá, no es cierto? (*Aparte.*) Así que estés á solas con ella.

Ana. Jesus, qué hombre! (*Hace que se va.*)

Celedonio. A propósito, Pascual; tengo que pedirte un favor.

Pascual. Mande usted, señor don...

Celedonio. Celedonio Paniagua, propietario.

Pascual. Sí... ya sé.

Celedonio. Acaban de traer una esquila para don Fernando.

Pascual. Así es.

Celedonio. Esa carta debe ser de un tal don Felipe Ontañon, un comerciante de la calle de...

Pascual. No lo sé.

Celedonio. Yo sí lo sé.

Pascual. Ah!

Celedonio. Se la entregarás inmediatamente á tu amo.

Pascual. Ya se ve que sí.

Celedonio. Y él... la rasgará.

Pascual. La rasgará?

Celedonio. Sí... la rasgará. (*Aparte.*) Así despacha sus negocios. (*Alto.*) No te dará respuesta... Pero á falta de la suya, yo he preparado una... esta es, y la llevarás.

Pascual. Al don Felipe?

Celedonio. Al mismo.

Pascual. La carta es para mi amo... y la respuesta será de usted?

Celedonio. Esa es cosa que sucede muy á menudo.

Pascual. Sí... pero... vamos, siento decir que...

Celedonio. Te niegas á hacerlo?

Pascual. Mi deber...

Celedonio. Bueno... me gusta... eres lo que se llama un buen criado... Debo añadir este rasgo á mis notas.

Pascual. Qué notas?

Celedonio. Ciertos apuntes que suelo hacer para conocer á las gentes. (*Saca una cartera y hace que lee.*) "Pascual, ayuda de cámara de don Fernando Contreras: mozo despierto, listo, y tan cuidadoso de los intereses de su amo, que los confunde á veces con los suyos propios."

Pascual. Cómo es eso?

Celedonio. "Entre otras cosas, tiene alquilado un cuartito donde guarda vestidos, alhajas y otras frioleras, que por haberse extraviado necesitaban ponerse á buen recaudo."

Pascual. Si es cosa en que tiene usted empeño... al fin y al cabo, usted es amigo del amo... entregaré la carta.

Celedonio. Eso es otra cosa... toma. (*Se la da.*)

Pascual. Cómo diablos habrá sabido...? (*Ana, que habrá desaparecido, vuelve y va á entrar en el cuarto de su ama.*)

Celedonio. Ahora te toca á tí, muchacha. (*Abre la puerta de la izquierda.*) Mira: para una doncella lista como tú, hé aqui un descuido imperdonable... Aquel caballete, aquel lienzo... puestos alli donde todos pueden verlos! No sabes que tu ama se está haciendo retratar á hurtadillas para dar esta sorpresa á su marido?

Ana. Una sorpresa...? Ah! sí.

Celedonio. El dia de su santo... se encontrará sin saberlo ese retrato entre las pinturas que adornan la sala.

Ana. De veras?

Celedonio. Cómo se llama el retratista? No es un jóven pintor que vino hace algun tiempo de Sevilla? Un embadurnador de lienzos, un pinta monas, con escaso talento.

Ana. No, señor; es un jóven muy buen mozo, bien puesto y de mucho mérito; se llama Luis Velasquez.

Celedonio. (*Aparte.*) El mismo... No se me ha despintado.

(*Alto.*) Pero cuánto tarda en hacer ese retrato! Verdad es que doña Rosa ha estado algo indispuesta... Está hoy mejor...? Vendrá el retratista?

Ana. Qué sé yo?

Celedonio. Debes saberlo, puesto que tú eres la que introduce furtivamente al joven artista á horas en que don Fernando suele estar ausente... Da tres golpecitos á una puerta, y entonces...

Ana. Aseguro á usted que nada puedo decirle.

Celedonio. Eres discreta...? Bien... eso me gusta... Y sobre todo, á mi qué me importa? (*Hace que se va.*)

Ana. Gracias á Dios!

Celedonio. (*Se detiene y vuelve.*) Lo que siento, es que si os dejo solos vais á disputar de nuevo... Vamos, haced las paces... Qué diablos! No ha de ser cosa tan difícil para dos novios que pronto van á casarse.

Ana. Eh?

Pascual. Qué dice usted?

Celedonio. Pensais que ignoro vuestros proyectos, y que tú, Ana, estás reuniendo el dote á costa de tu ama?

Ana. Eso lo dice usted para vengarse de mi silencio. Como si hubiese un gran misterio en saber que el pintor debe venir esta mañana á las doce!

Celedonio. Hoy...? á las doce...? Gracias, hija; no quiero saber mas. (*Yéndose y mirando á la derecha.*) Ah! ah! ya dió fin el almuerzo y ha empezado el juego... El conde del Sauco contra don Fernando...! Vuelvo á mi puesto. (*A Pascual y Ana.*) Ya lo veis; en saliéndome con la mia, soy el mejor hombre del mundo.

ESCENA III.

P A S C U A L. A N A.

Pascual. Hemos quedado lucidos: queriamos descubrir sus secretos...

Ana. Y nos ha sacado todos los nuestros.

Pascual. Tengo sus apuntes clavados en el alma... Si hubiese un medio de hacerle saltar de esta casa...? Pero el amo viene... Vete... que no nos vea juntos. (*Vase Ana: Pascual se retira al foro.*)

ESCENA IV.

DON FERNANDO. EL CONDE. PASCUAL.

Conde. Amigo, abandono la partida, porque ya no me es posible sufrir á ese don Celedonio... El maldito se planta detras de mí, y empeñado en darme consejos... á mí que me tengo por el mas fuerte jugador de...

Fernando. Vamos, sosiégate; no hagas caso de eso.

Conde. Él! un cualquiera; que nadie sabe quién es, ni de dónde ha venido.

Fernando. Ha venido de América.

Conde. Del infierno pudiera haber venido... A qué recibir semejante hombre en tu casa...? Si fuera para divertirse con él...! pero no, él es quien se divierte con nosotros... Viste qué furiosas carcajadas daba hace poco? Pues era de mí de quien se reía.

Fernando. Hay que disimularle algunas rarezas... A veces muestra un talento, una penetracion... Y luego, el servicio que me ha prestado...

Conde. El haberte libertado de una caída de caballo! Miren qué gran servicio! Le da eso derecho para mezclarse en todos tus asuntos!

Pascual. Señor...

Fernando. (*Llevándole aparte.*) Ah! Pascual, ya estás de vuelta...? Viste á don Antonio?

Pascual. Sí, señor.

Fernando. Pues bien, corriendo; lleva ese dinero á casa de...

Pascual. Qué dinero?

Fernando. El que traes.

Pascual. No traigo ninguno.

Fernando. Cómo es eso...? Pues qué te ha dicho?

Pascual. Que no le puede ya prestar á usted cantidad alguna como no sea con la hipoteca de que habló el otro dia.

Fernando. (*Aparte.*) Haya bribon!

Pascual. Ah! Hé aqui una carta que han traído para usted... (*Aparte.*) Ahora veremos.

Fernando. (*Abriéndola.*) Pues... de aquel don Felipe Ontañon... Te acuerdas, conde?

Conde. Sí: valiente usurero.

Pascual. (Aparte.) Lo que el otro dijo.

Conde. Y ese bribon te incomoda todavía?

Fernando. Quiere á toda fuerza que le vuelva su dinero.

Conde. Qué gentes esas tan molestas!

Fernando. (Despues de leer.) Que procederá contra mí... que hará embargar... Pues ya que la toma por ahí, este es el caso que hago de sus amenazas. *(Rasga la carta.)*

Pascual. (Aparte.) Como dijo el otro! *(Alto.)* No he de dar otra respuesta?

Fernando. No.

Pascual. (Aparte.) Como dijo el otro... Está visto... es brujo... Pues, señor, no hay mas remedio que llevar su respuesta. *(Bajo, acercándose al conde.)* Señor conde, no me encargó usted que tomase informes acerca de don Celedonio?

Conde. Sí.

Pascual. Pues cuidado no los tome de usted.

Conde. De mí? ya está fresco.

ESCENA V.

DON FERNANDO. EL CONDE.

Conde. (A don Fernando, que se ha sentado.) Y bien, qué tienes?

Fernando. (Levantándose.) Estoy indignado.

Conde. Por la amenaza de ese usurero?

Fernando. No; ya no pensaba en eso: sino por la conducta de Sanchez.

Conde. El de Toledo?

Fernando. Sí; le pedía prestados diez mil duros para pagar el aderezo que llevaste el otro día de mi parte á la linda Nineta...

Conde. Y te los niega?

Fernando. Pide una hipoteca. Mis haciendas casi todos estan ya empeñadas... Le ofrecia una casa que me queda; pero el malvado exige el cortijo del Parral, perteneciente á la dote de mi muger.

Conde. Qué lástima! Si aun conservases los cuantiosos bienes que tenia tu padre!

Fernando. Veinte años há que ya nos los posee mi familia. Consistian en una posesion maguífica en lo me-

por de Andalucía, valuada en qué sé yo cuántos millones... La heredaron á la vez mi padre y mi tío, y entrambos la disfrutaban juntos. Pero mi padre quedó arruinado al juego. Sucedió entonces un hecho inaudito, horrible.

Conde. Cuál.

Fernando. Mas vale callarlo por el honor de la familia. Pobre padre mio! Arruinado en un dia, en un instante! Su hermano, que tenia el mismo vicio del juego... su propio hermano...

Conde. Y bien?

Fernando. Perdió tambien lo que tenia. Todos nuestros bienes pasaron entonces á manos de otros... Despues de tan crudo golpe ambos hermanos vivieron poco. Mi padre murió en Madrid; mi tío se fué á Cádiz, y en breve supe que tambien habia fallecido... Yo era entonces muy jóven. Hace dos años que conocí á mi muger: tuve la suerte de agradarla, y con este casamiento he vuelto á ser dueño de una inmensa fortuna.

Conde. Ese era tu sino... como tambien lo es el gastar alegremente tu dinero. Nadie te gana en lujo y magnificencia. Qué casa! qué comidas! qué funciones! A tu lado nadie puede estar triste... Llevas la vida de un duque... Ya se ve, como que tambien eres noble; y los nobles, gastamos...! Eso está en la sangre; lo mismo que el proteger las artes; la pintura, la escultura, la música... la música sobre todo... Eh! me esplico?

Fernando. Cuidado, no te oigan.

Conde. Cuando pienso que yo tambien te disputaba el corazon de tu Nineta, la mas linda cantatriz que nos ha enviado *il bel paese che Appenin parte e il mar circonda el l'Alpe*... Pero, amigo, quién te resiste con tus doblones?

ESCENA VI.

DICHOS. PASCUAL.

Pascual. (Al paño.) Espere usted. Veré primero si el amo puede recibir.

Fernando. Qué es eso?

Pascual. Es un señor que hace muchas cortesías y ha-

bla un chapurrado que apenas se le entiende... Parece italiano.

Fernando. Cómo se llama?

Pascual. Zefirini.

Fernando. Zefirini...! El tío de Nineta...! Qué querrá?

Pascual. Dice que le trae un negocio urgente.

Conde. Oh! le puedes recibir... Es el mejor hombre del mundo... Y una pasta! Jamas se da por entendido de cuanto pasa en su casa.

Fernando. Dile que entre.

ESCENA VII.

EL CONDE. ZEFIRINI. DON FERNANDO.

Zefirini. (*Sale haciendo muchas cortesías.*) Señor don Fernando, mio padrone.

Fernando. Amigo Zefirini!

Zefirini. Come estate? L'avete pasato bene...? (*Saludando da un pisoton al conde.*)

Conde. Cuidado!

Zefirini. Oh dio! Perdonate... Ma... ma; que veggo? Il signor conte...! Perdonate... tengo la vista corta, molto corta... Cüesto mi nuoche molto... Era io cappo di coro nel teatro della scala, á Milano... Ma no un corista di questi que si estano immobile come una estátua... Yo gesticulaba: il brazo quá, il pede lá... per la ilusione teatrale... Ma una volta di con il puño in nazzo al tenore cuando cantaba l'aria... Cominchió á correr il sangüe e l'opera chessó, per un gran pezzo di tempo. Questo mi feche despedir de la compañía... e vine cüi con la mia sobrina.

Conde. Linda muchacha! Una cara divina! y una voz!

Zefirini. Cherto... cherto... Ma vedete! Non si aprecio piu i talenti in questa capitale... Crederete? la mia Nineta, la prima donna que ha richevuto tanti aplausi nelli teatri di Milano, di Napoli, di Turino, di Parigi, ha estado hieri sera nel teatro de la Croche vittima de una miserabile intriga. Ha sido silvata, silvata; ma; que horrible silvatina! Nel aria de la Luchia, il suo triunfo!

Fernando. De veras?

Conde. Es posible?

Zefirini. Oh! vero, vero. Io furioso, ho roto la escritura:

e vedete l'orribiltá: hanno consentito en lasciarla andare via... E questa mattina m'hanno fatto proposizioni per Lisboa.

Fernando. Para Lisboa!

Zefirini. Non ho firmato tutavía... perque ho riflessioneato, é mi esta meglio quedarme in questa capitale... per voi, mio padrone; señor don Eernando... Vedete poi cómo si compone questo negocio.

Fernando. Oh! no consentiré que se marche.

Zefirini. Questo é il mio desidero... Lo conozco: ho estado un poco vivo, legiero... e una mia falta... Allora, ho detto á quella poveretta: andró á vedere al señor don Fernando... elli e il piú forte sostegno del arte musicale... con una palabra al empresario, tosto se compone questo.

Fernando. Sí, le hablaré... pero chito... gente viene.

Zefirini. Come? chito!

Conde. Amigo Zefirini, otra vez cuando tenga usted que dar pasos como este, entre en las casas con mas sigilo.

Zefirini. Ma per qué?

Conde. Es preciso misterio.

Zefirini. Misterio!

Conde. Ha entrado usted por la puerta principal. Que diablo, se necesitan precauciones.

Zefirini. Precauchioni!

Fernando. Don Celedonio! Que importuno!

ESCENA VIII.

DICHOS. DON CELEDONIO.

Celedonio. Vaya, querido don Fernando, creí que sus amigos de usted no acabarían nunca... Jugaban con una afición...

Fernando. Y usted?

Celedonio. Oh! yo, nunca juego.

Conde. Por qué?

Celedonio. Me contento con mirar... Se divierte uno y se saca mas provecho.

Zefirini. Mio padrone, perdonate; ma vedete que non e tempo da pérdere.

Celedonio. Calle! el señor Zefirini por aqui! El antiguo capo di coro; el digno tío de la hermosísima Nineta; el

padre del canto, cuyo único defecto es el ser ciego, y no ver lo que pasa en sus barbas.

Zefirini. Señor don Cheledonio.

Conde. Le conoce usted?

Zefirini. Si le conozco? Oh! troppo! pur troppo...! Hiero andaba peri bastidori del teatro.

Fernando. Él?

Conde. En todas partes se mete... Entre bastidores? Usted, señor don Celedonio! (*Le mira con el lente.*)

Celedonio. Sí, entre bastidores: á mí me gusta verlo todo. (*Durante el diálogo siguiente don Celedonio se sienta y se pone á leer en un periódico.*)

Zefirini. Me voi la avete fatto bella con la mia Nineta.

Fernando. Cómo es eso? Habrá osado...?

Conde. Diga usted, diga usted.

Zefirini. Figuratevi que hiero sere, mia póvera Nineta, cuando iba á salir á la escena, tanto si turbó con alcuni cuanti parole que cuesto señor li diche al orequia, que le mancó la voche, e cantó in falso. L'opera tutta si fue el diábolu, e la gente si mette á silvare da bella.

Fernando. Pero, qué le dijo?

Zefirini. Li parló di rovina, delle desastri, e mezclando in cuesto il nome di vostra siñoria.

Fernando. (*Aparte.*) Es posible...! Ya es esto demasiado. (*Alto á Zefirini.*) Vaya usted corriendo, y diga á su sobrina que puede contar conmigo. Que hablaré al empresario; y que esta mañana misma le llevaré la respuesta.

Zefirini. Mille grachie. (*Bajo.*) Ma sentite... Yo vi vuol dare un consillio. Guardatevi de cuesto señor don Cheledonio... Nessuno li conosce en el teatro. Egli e chertamente colui que á fatto dare la silva á mia sobrina. Credete: egli e un agente di don Carlo: ó cualque cosa di peggio... Ma io vi ringrazio di nuovo, e vi saluto... Adio, mio padrone: adio, señor conte.

ESCENA IX.

DON FERNANDO. EL CONDE. DON CELEDONIO.

Fernando. (*Bajo.*) Escucha, amigo mio... Ningun sacrificio me será costoso con tal de que Nineta se quede.

Mientras voy á hablar al empresario, corre á casa de algunos prestamistas, y procura sacarles dinero á toda costa.

Conde. Cuenta conmigo... Y por lo que hace á ese indiscreto personaje...

Fernando. Ya sé lo que he de hacer. Déjame.

Conde. Bravo. (*Alto.*) Voy á dar una vuelta á caballo.

Celedonio. (*Sin levantarse.*) Cuidado con las caídas.

ESCENA X.

DON FERNANDO. DON CELEDONIO.

Fernando. Caballero, una palabra.

Celedonio. Estoy á las órdenes de usted, señor don Fernando. (*Se levanta.*)

Fernando. Usted me está continuamente observando; se mezcla en mis asuntos, y hasta escudriña todos mis secretos. En otro cualquiera no hubiera tolerado semejante libertad; pero lo confieso, sus palabras de usted ejercen en mí tal imperio, que me ha faltado valor para decirle á usted lo que siento; y como por otra parte me ha libertado usted de tan gran peligro, mi gratitud...

Celedonio. No hable usted de gratitud. Si alguna vez me acontecía el hacer una buena acción, me basta el placer de hacerla.

Fernando. Y si por casualidad causase usted algún perjuicio?

Celedonio. Eso es otra cosa: no hago el mal sino con intención de hacerlo.

Fernando. Hasta ahora he respetado el misterio con que usted se encubría; pero esto debe tener un término, y necesito saber quién es usted positivamente.

Celedonio. Yo soy... Celedonio Paniagua, propietario.

Fernando. Esa chanza...

Celedonio. Si no le gusta á usted mi nombre, lo siento; pero no tengo otro con que poder servirle.

Fernando. Yo también siento verme en la precisión de decir á usted que á pesar de la gratitud que le debo...

Celedonio. Desea usted que me vaya con la música á otra parte?

Fernando. En cualquier otro lugar, menos aquí, tendrá usted en mí un humilde servidor.

Celedonio. Es decir, clarito, que me echa usted de su casa?

Fernando. Hágase usted cargo...

Celedonio. Bien, muy bien: usted es dueño de hacer lo que le acomode. (*Toma el sombrero.*) En cuanto á mí, no deseo mas sino probar á usted que no me burlo; y que al decir mi nombre digo tanta verdad, que no me sirvo de otro hasta en los documentos mas importantes... Por ejemplo, aquí tiene usted este escrito. (*Le enseña un papel.*) Es una acta por la cual un tal don Felipe Ontañon, comerciante en esta plaza, me cede todas sus acciones y derechos contra cierto caballero... Hay auto de prision, de embargo, de &c. &c... Mire usted.

Fernando. Cielos! don Felipe!

Celedonio. Ontañon. (*Lec.*) "Digo yo, don Felipe Ontañon, que por la presente cedo á don Celedonio Paniagua, propietario..." Lo ve usted? Celedonio Paniagua con todas sus letras.

Fernando. (*Aparte.*) Semejante documento en manos de este hombre!

Celedonio. Como este tengo algunos otros papelejos... Con que, amiguito, beso á usted la mano.

Fernando. Espere usted, supongo que no abusará...

Celedonio. Yo...? Ni por pienso. Suelo hacer uso de las cosas, pero abusar de ellas, nunca.

Fernando. Sobre todo, me sobran medios para satisfacer á mis acreedores.

Celedonio. Patarata...! Conozco su situacion de usted... acaso mucho mejor que usted mismo... Es usted rico, muy rico... pero lleva usted mal sus cuentas... y yo las llevo por usted. Aquí tengo cierto estado aproximativo... y si quiere usted verlo...

Fernando. No, tengo que hacer... otra vez.

Celedonio. Pues... Cuando uno quiere abrirle los ojos...

Fernando. (*Aparte.*) Ahora que caigo; este podria... (*Alto.*) Señor don Celedonio, puesto que tan bien conoce usted el estado de mis negocios, quisiera que echase una mirada sobre los cuadros que tengo en mi sala: los hay de Murillo, Velazquez, y otros famosos pintores; y si pudiese usted hallarme un comprador...

Celedonio. Oh! entiendo poco de eso, y tengo otras cosas que hacer. Con todo, cuando vuelva usted hablaremos si gusta de pinturas... y de retratos.

ESCENA XI.

DICHOS. ANA.

Ana. Señor... El ama le llama á usted.

Fernando. Bien... pero dí á la señora que tengo que salir... que pronto vuelvo.

Ana. Es que...

Celedonio. Cuando el señor dice que vuelve pronto... (*Bajo á don Fernando.*) Aquí para entre los dos, amiguito, parece prudente...?

Fernando. El qué?

Celedonio. Ya se ve: los negocios nos hacen descuidar á la muger; y como dice el refran, á muertos y á idos no hay mas amigos; y el mejor amigo es siempre el que está presente.

Fernando. Señor don Celedonio, esa sospecha...?

Celedonio. Nada... tontunas que pasan por la cabeza... No hay que hacer caso... Son cosas que suceden en matrimonios de gente de poco más ó menos; pero en los de gente de suposicion, no hay nada de eso. Con que lo dicho, cuando vuelva usted hablaremos de retratos. (*Se separa de él.*)

Fernando. Ese lenguaje... esa conducta... Es un amigo...? Es un enemigo...? De todos modos necesito prudencia. (*Vase.*)

ESCENA XII.

DON CELEDONIO. ANA.

Ana. Se va, cuando la señora le llama!

Celedonio. Esos son los maridos... No hacen caso de sus mugeres. Lo mismo le sucederá al tuyo... Pero á bien que tú ya sabrás consolarte.

Ana. Cómo?

Celedonio. Como lo hacías ayer durante su ausencia... Hablando con el criado de la casa de enfrente.

Ana. (*Aparte.*) Todo lo repara. (*Alto.*) Tiene usted algo que mandarme?

Celedonio. Sí; que me proporciones una entrevista con tu ama.

Ana. Al instante... Pero héla aquí.

ESCENA XIII.

DICHOS. DOÑA ROSA.

Rosa. Y bien, Ana?

Ana. El amo respondió que estaba bien, y se ha marchado.

Rosa. Es posible! (*Hablando consigo misma.*) Negarse así...! Esas nuevas deudas de que Ana me ha hablado... Estoy con una zozobra... Quién podrá explicarme su conducta?

Celedonio. (*Presentándose.*) Yo, señora.

Rosa. Vos! (*Aparte.*) Siempre este hombre!

Celedonio. (*A Ana.*) Mira, chica, hazme el favor de irte por allá dentro.

Rosa. Caballero...

Ana. Voy... voy corriendo. (*Vase.*)

Celedonio. (*A Rosa.*) Es una muchacha muy obediente.

ESCENA XIV.

DON CELEDONIO. DOÑA ROSA.

Celedonio. (*Presentando un asiento á doña Rosa.*) Señora, me llamo Celedonio Paniagua.

Rosa. No ignoro, caballero, ni su nombre de usted, ni el importante servicio que ha hecho á mi marido.

Celedonio. (*En pié, á su lado.*) Pues con todo eso no sabe usted nada todavía, pues ignora hasta dónde llega la amistad que la profeso.

Rosa. Amistad! Muy de prisa anda usted; pues si no me engaño, esta es la primera vez que me dirige usted la palabra.

Celedonio. No es por culpa mia. Desde que logré introducirme en esta casa, he deseado tener con usted una entrevista para darla un buen consejo, mas no lo he conseguido... No por esa dejamos de conocernos hace tiempo.

Rosa. Hace tiempo!

Celedonio. Desde que se casó usted la estoy viendo casi todos los días, en los paseos, en los teatros; primero siempre en compañía de don Fernando, luego con menos frecuencia, y últimamente sola, abandonada.

Rosa. Caballero...!

Celedonio. He ido observando cómo se apoderaba la tristeza de ese hermoso semblante... La he visto á usted las horas enteras distraída, cavilosa, sin tomar interes por nada, y estremeciéndose al aspecto de su esposo: una mirada cariñosa de él, hacia brillar la alegría en esos ojos; y una palabra indiferente la sumergía á usted de nuevo en el mayor abatimiento.

Rosa. (*Aparte.*) Cielos! Cómo ha podido este hombre adivinar mis mas ocultos pensamientos?

Celedonio. Dígame usted, señora: me he engañado? Es usted dichosa?

Rosa. Agradezco mucho, caballero, esas muestras de interes; pero en adelante cuidaré de estar á todas horas alegre, y de aparentar divertirme hasta en la función mas fastidiosa.

Celedonio. Ya sabia yo que no daría usted su brazo á torcer. Es usted algo terca, se encaprichó por el señor don Fernando, y á pesar de que se la presentaban partidos mucho mas ventajosos, á pesar de que no faltaron buenas almas que la aconsejasen, á nadie escuchó usted, é hizo usted su gusto... Por eso ahora no profiere usted ni una queja, temiendo dar á entender el pesar que la devora. En presencia de las gentes, eso está bien y lo alabo; pero aquí, entre los dos, delante de un amigo, amigo verdadero...

Rosa. (*Levantándose.*) En verdad, caballero, muy poderosos motivos debe usted tener para atormentar de esa suerte á una pobre muger que nada le pide, que nada quiere, y que es libre de pensar y sentir como le acomode, sin dar lugar á sospechas que no tienen fundamento.

Celedonio. Pues no, señora, no: no es usted libre de sufrir y de morir de pesadumbre cuando estoy aquí para impedirlo.

Rosa. Cómo pues?

Celedonio. Don Fernando es muy buen sugeto; pero demasiado espléndido, demasiado dispuesto á arruinarse por personas que ni para descalzarla á usted sirven.

Rosa. Qué quiere usted decir con eso?

Celedonio. Que está ya completamente arruinado, clarito; que sus bienes no bastan para cubrir sus deudas; que necesita su firma de usted para empeñar los suyos, y que se la pedirá.

Rosa. Él?

Celedonio. Él, sí: la pedirá de rodillas; y cuando aparente estar mas enamorado, solo pensará en la hermosa quinta del Parral.

Rosa. Basta, caballero.

Celedonio. Ahora sí, basta: porque no tengo mas que decir.

Rosa. Pues bien, por estraña que sea la revelacion que acaba usted de hacerme...

Celedonio. Confieso que me pudiera haber andado con mas rodeos, pero...

Rosa. Solo responderé una palabra.

Celedonio. Aunque sean dos, señora: tengo tanto placer en oirla!

Rosa. Mi marido es tan dueño de mis bienes como de los suyos...

Celedonio. Es decir que...

Rosa. Dispondrá de ellos como mejor le acomode.

Celedonio. Poco á poco: aunque por las leyes administra el marido los bienes de la muger, no dicen que haya de ser en provecho de una italiana.

Rosa. (*Hace ademan de entrar en su cuarto y se detiene.*) Caballero... no quiero indagar los motivos que le mueven á usted á tratar de indisponerme con mi marido.

Celedonio. Preferiria usted que me pusiese de parte de sus falsos amigos para acabar de perderle?

Rosa. Basta: y no se canse usted mas en darme semejantes avisos, porque serán completamente inútiles.

Celedonio. Tanto por... Con que si su esposo de usted exigiese esa firma...?

Rosa. Le aprecio demasiado para dejar de hacer ciegamente cuanto me mande. (*Saluda y vase.*)

ESCENA XV.

DON CELEDONIO.

Pobre muger...! Conozco que me he propasado, mas no pu-

de contenerme; y luego, el tiempo urge... Es preciso aprovechar este día. No me era posible intervenir antes de ahora: tenía que disponer todo el teclado, y... En fin, ya he redondeado el negocio: los antiguos bienes de la familia son míos, los he comprado, y solo me resta dar un paso. En cuanto á la muger, no va mal... herida queda en lo vivo, y á nadie gusta que le arruinen para enriquecer á otro... En breve los dos esposos van á reñir... pero á reñir de lo lindo. Este es un nuevo método que he inventado para asegurar la felicidad de los matrimonios... El exceso del mal conduce al bien... Me hace reír cómo se sorprenden todos al verme descubrir tanto secreto... No saben que cuando una persona dedica su vida, sus facultades, á la consecucion de una sola idea, nada se le pone ya por delante en el camino que se ha propuesto. Al cabo de tantos años gastados en esta obra de reparacion, me faltarán las fuerzas para terminarla...? No, y espero en Dios que me las concederá... (*Se sienta y se queda pensativo.*)

ESCENA XVI.

DON CELEDONIO. ANA. DON LUIS.

Ana. Entre usted, entre usted, señor don Luis. (*Dentró.*)

Celedonio. Gente vienè... Ah! será tal vez nuestro jóven pintor. (*Se retira hácia el foro.*)

Ana. (*Introduciendo á don Luis por la puerta derecha del foro.*) Entre usted... y aguarde aqui un rato... La señora no tardará en salir. (*Don Luis coloca el sombrero en una mesa y se sienta. Ana se dirige hácia el cuarto de su ama, y se deliene viendo á don Celedonio.*)

Ana. (*Aparte.*) Ah...! Siempre este hombre! (*Don Celedonio le hace una señal imperativa, y vase.*)

Celedonio. (*Aparte mirando á don Luis.*) Lo mismo que si estuviera en su casa... Estos jóvenes de hoy día tienen una imperturbabilidad que pasma... (*Alto y dando á don Luis una palmadita en el hombro.*) Buenos días, vecino.

Luis. Señor don Celedonio! (*Aparte.*) Este hombre me persigue.

Celedonio. El mismo... Qué diantres! Dónde nos vamos á encontrar! Nunca me ha dicho usted que visitaba esta casa. Le hubiera podido dar á usted algunos informes acerca de sus dueños, cuando le veía en su estudio... Allá en aquel cuarto tercero, junto al mio... Será usted sin duda de los del almuerzo...? Amigo, llega usted tarde... Pero no importa: venga usted conmigo, y le presentaré á don Fernando.

Luis. Gracias: no es á él á quien yo busco, sino...

Celedonio. A su señora? lo mismo da.

Luis. Es inútil; ya he sido presentado á doña Rosa por una parienta suya.

Celedonio. Y hace usted su retrato. Qué felicidad la de estos pintores! Siempre estan viendo buenas caras... Es verdad que no necesitaba usted venir á Madrid para eso; y allá en Sevilla, usted mismo me lo ha dicho, existía cierta niña á quien tambien retrataba con bastante gusto.

Luis. Yo?

Celedonio. Dolores se llama, por mas señas. No há seis meses que estaba usted loco por ella: queria usted casarse; pero necesitaba dinero, y se vino aqui creyendo hacer fortuna. Vamos, ya voy viendo que no le va á usted del todo mal... Tiene usted entre manos el mas hermoso modelo... Animo, amigo... Estoy seguro que entusiasmado por él, va á salir de esas manos una obra maestra.

Luis. Es que yo... (*Aparte.*) Este hombre es insufrible.

Celedonio. Descuide usted... No es tanta mi indiscrecion que quiera cortar los vuelos al genio... Me retiro.

Luis. Siendo asi... (*Saluda.*)

Celedonio. (*Aparte.*) No será por mucho tiempo. (*Alto.*) Ah! si le ocurre á usted algo en Madrid, le advierto que conozco al gefe político... vive cerca de nosotros.

Luis. Gracias.

Celedonio. Es que á lo mejor puede uno necesitar... por ejemplo un pasaporte.

Luis. Pero...

Celedonio. A Dios, vecino. (*Vase.*)

ESCENA XVII.

DON LUIS.

Vete con mil demonios... No le puedo ver, con esa rabia que tiene por averiguarlo y saberlo todo... Si otro que él me hubiese hablado de Dolores, creo que me hubiera conmovido... Qué pensará de mi silencio...? Pero con mi amor tenía que ofrecerla mi mano; y debe por ventura casarse á mi edad un artista? Ah! desde que he visto á Rosita no me es posible amar ya sino es á ella.

ESCENA XVIII.

DON LUIS. DOÑA ROSA.

Rosa. Disimule usted, don Luis, que le haya hecho esperar.

Luis. Yo soy sin duda quien he venido antes de la hora...
Perdone usted mi impaciencia.

Rosa. Vamos, pues... Sin duda hoy es el dia en que se acabará mi retrato?

Luis. Al contrario... Pienso empezarlo de nuevo.

Rosa. Cómo es eso? una obra tan perfecta!

Luis. Cuán lejos está todavía de igualar al modelo! Mal me conocia, señora, cuando emprendí ese imperfecto bosquejo... Cada vez que la miro á usted, es para descubrir un nuevo hechizo. (*Movimiento de Rosa.*) Perdone usted, señora; pero necesito que salga de mis manos una obra perfecta: es el primer retrato que hago en Madrid; de él dependen mi reputacion, mi porvenir... Me negará usted algunos dias mas?

Rosa. Pues bien, si no teme usted perder un tiempo precioso, disponga ya del mio. (*Sonriéndose.*) Algo se ha de hacer para proteger á los jóvenes artistas.

ESCENA XIX.

DICHOS: DON CELEDONIO. DON FERNANDO.

Celedonio. (*Dentro.*) Sí, amigo don Fernando...

Rosa. (*Aparte.*) Mi marido!

Luis. (*Aparte.*) Qué contratiempo!

Celedonio. (*Saliendo con don Fernando.*) Tiene usted cuadros magníficos, pero hay algunos que no son gran cosa. Precisamente, el señor se puede encargar de examinarlos. Es un excelente mozo que tengo el honor de presentar á usted.

Fernando. El señor...!

Rosa. Es un artista, un pintor que está aquí para hacer mi retrato.

Fernando. Hola! con que te haces retratar?

Celedonio. Hace ya un mes... dos horas cada día... no es poco; pero el señor va despacio, porque trata de hacer una obra perfecta... Además, le gusta mucho retratar á las buenas mozas... Es lo que se llama un artista aficionado al bello sexo.

Luis. Caballero... no sé...

Fernando (*Aparte.*) Qué turbación! (*Alto.*) Nada me habías dicho de este retrato.

Rosa. Como te veo tan pocas veces...!

Celedonio. (*Aparte.*) Bien respondido.

Fernando. Y dónde está esa grande obra?

Celedonio. (*Señalando el cuarto de Rosa.*) Allí.

Fernando. Luego aun no había tomado el señor los pinceles?

Luis. Es que... acababa de entrar.

Celedonio. Es verdad... Apenas habrá media hora que le dejé aquí.

Luis. Es que mientras la señora se sentaba... yo...

Celedonio. Hablaban ustedes de obras del arte... Lo mismo que nosotros.

Fernando. Bien está... Apruebo cuanto has hecho; porque supongo que habrás encargado tu retrato á algun artista de mérito conocido... y el señor es sin duda...

Luis. Luis Velazquez!

Fernando. Luis Velazquez...! No caigo... no conozco...

Luis. Caballero...! (*Con ira reconcentrada.*)

Rosa. Es un amigo de mi tia, que me lo ha recomendado.

Fernando. No pongo en duda el mérito del señor; y por lo mismo siento decirle que no podrá concluir su obra.

Luis. Cómo!

Rosa. No comprendo...

Fernando. Un día de estos... mañana acaso... tenemos mi esposa y yo que emprender un viaje.

Luis. Pero...

Fernando. Oh! no es justo que espere usted hasta mi vuelta... Pago siempre adelantado, y ruego á usted que acepte...

Luis. Gracias, caballero: no acostumbro á cobrar antes de concluir mis obras... (*Saludando á doña Rosa.*) Señora, volveré á recibir sus órdenes de usted. Señores, beso á ustedes la mano. (*Saluda y vase. Doña Rosa se sienta.*)

Celedonio. La vista del dinero le ha hecho huir... Cuántos artistas conozco yo en quienes produciría un efecto contrario. (*Don Fernando se sienta con enfado separado de su muger.*) Bueno! El marido está zeloso, la muger ofendida... Se acerca la crisis... cuanto mas terrible sea, mejor... Dejémoslos ahora solos. (*Vase.*)

ESCENA XX.

DON FERNANDO. DOÑA ROSA.

Rosa. (*Levantándose.*) En fin, estamos solos. He sufrido que echases á la calle á un artista distinguido, á un amigo de mi familia, sin mas delito que el haber venido aquí á mis ruegos para retratarme. He callado por no armar un escándalo; pero ahora quiero que me des razon de una conducta que me ofende, y digas qué he hecho yo para merecerla.

Fernando. (*Aparte.*) Qué conmovida está! (*Alto.*) Pues bien, no he podido sufrir la idea de que un jóven viniese aquí tan á menudo en secreto, para tener horas enteras sus ojos clavados en los tuyos.

Rosa. Pues qué, acaso...?

Fernando. No se arrostra impunemente una seducción continua; y si el mal no está hecho, mañana ese jóven te habria amado y te lo hubiera dicho.

Rosa. Basta: semejante lenguaje en tu boca no solo es extraño, sino tambien horrible.

Fernando. Es verdad, lo conozco... lo siento, y daria ahora mi vida por obtener mi perdon.

Rosa. Qué oigo...? Olvidas que es á tu muger á quien estás hablando?

Fernando. Rosa, lo sé; mi conducta no tiene excusa: he lastimado tu corazon; pero si me hubieras dicho una pa-

labra, una sola palabra, á la menor insinuacion tuya, lo juro, no hubiera vacilado.

Rosa. Ah! sí... lo olvidaba... Nosotras las mugeres siempre tenemos la culpa... si nos osamos quejar, somos injustas, tiránicas, indiferentes...

Fernando. Ah! qué injusticia!

Rosa. No, al contrario; es justicia... nosotras no debemos tener una idea, un pensamiento que no provenga de aquel á quien pertenecemos... El hombre puede vendernos, abandonarnos... pero la muger no debe siquiera quejarse: tiene que fingir, poner cara de risa, mostrarse satisfecha, contenta, y siempre pronta á complacer al que es tal vez la causa de sus males.

Fernando. Si supieras, Rosa, cuánto he sufrido cuando he conocido que ese hombre podría aprovecharse de mis faltas...! Ah! las detesto, me aborrezco, me desprecio, y mi mayor sentimiento es ya el que no me quieras.

Rosa. Qué te importa mi amor? En medio de los placeres que te cercan, pronto me habrás olvidado.

Fernando. No, no quiero vivir ya mas que para tí; y en prueba de ello, partiremos juntos á nuestra quinta del Parral.

Rosa. (*Aparte.*) La quinta...! Que recuerdo...! Si será verdad lo que aquel hombre me dijo?

Fernando. Rosa, te suplico...

Rosa. (*Aparte.*) Si esto fuese con el objeto de lograr... Oh! sería horrible.

Fernando. No te vuelvas: déjame ver tu rostro... Estaremos siempre reñidos? No quieres, en fin, que firmemos las paces?

Rosa. Firmar...! Ah! sí, comprendo... Lo que tú quieres es mi firma... lo único que deseas... la sola prueba de amor que me pides. Con mi firma tendrás oro, amigos, placeres...

Fernando. Qué es lo que estás diciendo?

Rosa. Digo que eres un monstruo... Piensas que me dejo engañar con esa fingida ternura... No, no: te comprendo.

Fernando. Rosa, por Dios...

Rosa. (*Corre á una mesa, pone su firma en un pliego en blanco, y se lo presenta á su marido.*) Toma, toma; ahí está mi firma: siempre que la quieras, me hallarás pronta á entregártela como ahora... No exijo ya de

tí mas que una cosa; y es que en adelante no echés mano de la falsedad para obtenerla. (*Quiere irse.*)

Fernando. (*Deteniéndola.*) Detente... detente... Merced al cielo, mi corazon no ha formado nunca el infame cálculo que supones... He podido cometer muchas faltas, hacer mil locuras... pero semejante bajeza, nunca, nunca. (*Rasga el papel.*)

Rosa. (*Conmovida.*) Ah! Fernando! (*Se oyen tres golpesitos á la puerta izquierda del foro.*)

Fernando. Quién puede llamar así...? Y es á la puerta de la escalera secreta.

Rosa. No sé; y aseguro que... (*Llaman otra vez.*)

Fernando. Segun parece, hay prisa. (*A Rosa.*) No adivinas lo que puede ser?

Rosa. No.

Fernando. Pues ahora lo sabremos. (*Se abre la puerta.*)

ESCENA XXI.

DICHOS. ZEFIRINI.

Zefirini. (*Asomándose por la puerta.*) Son io, señor, son io.

Fernando. (*Aparte.*) Zefirini!

Rosa. Qué hombre es este?

Zefirini. (*Adelantándose de puntillas.*) Mi avete ricomandato il misterio, é vedete come...

Fernando. (*Aparte á Zefirini.*) Haya torpe!

Zefirini. Ah! sentite... parleró sotto voche.

Fernando. Pero no ve usted...?

Zefirini. Perdonate... ho la vista corta... Ma sono venuti la mia sobrina ed io...

Fernando. Calle usted.

Zefirini. Voi tardate tanto... Il tempo se pasa, é...

Fernando. Callará usted, digo?

Rosa. Segun parece, yo soy la que estorbo aqui.

Zefirini. (*Volviéndose.*) Oh! oh! Hay gente cui... Sarà la padrona...? Oh! sí... Servitore, signora...

Rosa. Yo me retiro.

Fernando. No, Rosa.

ESCENA XXII.

DICHOS. DON CELEDONIO.

Celedonio. (*Haciendo que no ve á doña Rosa, y hablando muy alto.*) En qué está usted pensando, amigo Zefirini...? Dejar así á la mejor cantatriz de Italia sola allá abajo en su coche!

Rosa. Una cantatriz!

Celedonio. Ah! señora, perdone usted: no sabia que nos estaba usted oyendo.

Fernando. (*Aparte.*) Qué suplicio!

Rosa. (*Aparte.*) Se burlaba de mí! Qué infamia!

Fernando. Rosa, por Dios, escucha.

Rosa. Mira que te estan esperando: vé pronto, ó haré yo misma que esa señora suba.

Celedonio. No, de eso me encargo yo: iré á darla la mano.

Rosa. Deje usted... Eso le toca al señor.

Fernando. Rosa, una circunstancia casual te ha venido á dar armas contra mí, y te estás aprovechando de ellas del modo mas cruel. (*Se oyen otros tres golpecitos en la puerta de la derecha.*) Otra mas?

Rosa. Será sin duda esa señora que se impacienta de aguardar.

Celedonio. (*Abriendo.*) Toma, es el amigo don Luis.

ESCENA XXIII.

DICHOS. DON LUIS.

Fernando. El pintor!

Luis. (*Aparte.*) El marido! (*Alto.*) Perdone usted, señor don Fernando: no he querido que se molestase usted en mandarme los objetos que me pertenecen.

Fernando. Creía, caballero, haberle manifestado á usted de un modo bastante claro que su presencia aqui me incomoda.

Luis. En tal caso, aqui tiene usted las señas de mi casa.
(*Le da una tarjeta.*)

Rosa. (*Con viveza, colocándose entre don Luis y su marido.*) Es algun desafio? (*A don Luis.*) Déme usted... Está bien. (*Toma la tarjeta y vuelve adonde estaba.*)

Fernando. (*A don Luis.*) Basta, caballero: cuando vuelva haré que le avisen á usted.

Rosa. (*Con firmeza.*) Señor don Luis, no marcharé; y mañana á las once le espero á usted aquí. (*Don Luis se inclina.*)

Fernando. (*Llevando á su muger hácia el proscenio, y hablándola en voz baja y con ira.*) Mira bien lo que dices.

Rosa. Todo lo he mirado.

Fernando. Si vuelve á poner los pies en casa, lo hago arrojar por un balcon.

Rosa. Ah!

Fernando. Vete allá dentro. (*A don Luis.*) Y usted, caballero, fuera. (*Vase don Fernando con doña Rosa.*)

ESCENA XXIV.

ZEFIRINI. DON CELEDONIO. DON LUIS.

Celedonio. Bravísimo: esto marcha. (*A don Luis.*) Amiguito, por lo visto se le planta á usted definitivamente en la calle?

Luis. Es que...

Celedonio. Y si vuelve usted, se le arrojará por un balcon.

Luis. Eh! déjeme usted en paz. (*Vase.*)

Celedonio. (*Siguiéndole.*) Ya lo sabe usted... Si necesita un pasaporte, tengo amigo al jefe político. (*A Zefiniri.*) En cuanto á usted, amiguito, que nada comprende de cuanto está viendo, me ha servido usted sin quererlo; y si no le han plantado ya en la calle, nada pierde por esperar; pues puede que algun garrote...

Zefiniri. Ah! per. dio...!

Celedonio. Pero ya le tengo yo prevenido lo que le conviene.

Zefiniri. A me?

Celedonio. A usted... sí... Ahora, media vuelta, y váyase con la música á otra parte. (*Le hace dar una vuelta asiéndole por un brazo, y le empuja para que se vaya.*)

Zefiniri. Ah! (*Se cala el sombrero con rabia y vase.*)

ESCENA XXV.

DON CELEDONIO. EL CONDE.

Conde. (*A Zefniri, que tropieza con él al salir.*) Bruto, cuidado.

Celedonio. Hola! señor conde.

Conde. Todavía este hombre aquí?

Celedonio. Mañana, á las nueve de la mañana, irá usted sin falta á mi casa.

Conde. Quién? Yo? A su casa de usted?

Celedonio. Sí, señor conde.

Conde. Se burla usted.

Celedonio. No... lo mando.

Conde. A mí.

Celedonio. A usted... señor Curro el Morenillo.

Conde. Cielos...! Iré... iré sin falta.

Celedonio. Eso es otra cosa... Vaya, que no le cuesta á uno poco trabajo...! (*Vasc.*)



Acto segundo.

Sala modestamente amueblada. En el fondo un gabinete: á la derecha, puerta de entrada: á la izquierda una mesa.

ESCENA PRIMERA.

DON CELEDONIO, *sentado á la mesa.*

Bueno... todo queda arreglado. El cálculo es justo: cien mil duros por un lado, y casi el doble por el otro... pero tambien todos los documentos son míos... El paquete sellado que los contiene se halla ahora en poder del agente, que se lo entregará á Fernando á las doce en punto... A esa hora ya estaré yo lejos de aquí. Esta letra sobre Lisboa tendrá tambien su destino á su tiempo. (*Se levanta.*) Nada hay ya que me detenga. La calma ha vuelto á reinar en casa de don Fernando. Dos esposos que se aman hacen pronto las paces; y he destruido todos los gérmenes de desavenencia que existían entre ellos... Me río todavía de la cara que puso mi vecino don Luis cuando le dí ayer las buenas noches... Me dió con la puerta en los hocicos... A poco rato oí que le traían todos sus trastos... En cuanto al condecito, no puede tardar, y espero deshacerme de él como de los demas.

ESCENA II.

DON CELEDONIO. DOÑA GERÓNIMA.

Celedonio. Hola! patrona, qué hay de bueno?

Gerónima. Quisiera saber á qué hora ha resuelto usted marcharse.

Celedonio. A mas tardar dentro de una hora.

Gerónima. Dentrò de una hora? (*Aparte.*) Bueno: me viene perfectamente. (*Alto.*) Como me tiene usted dicho que dejaria hoy mismo el cuarto, he dispuesto ya de él... Los buenos huéspedes son tan dificiles de hallar...!

Celedonio. Qué prisa tiene usted? He pagado hasta fin del mes, y hoy estamos á ocho.

Gerónima. Sí, pero en devolviendo lo que sobre...

Celedonio. Guárdelo usted: por eso... (*Llaman.*) Llaman...
Vea usted quién es. (*Vase doña Gerónima.*)

ESCENA III.

DON CELEDONIO. EL CONDE.

Conde. (*Entra agitado.*) Héme aquí, señor don Celedonio: qué tenia usted que mandarme?

Celedonio. Tómese usted la molestia de sentarse.

Conde. Gracias, gracias... estoy desasosegado... no puedo estarme quieto.

Celedonio. Sin embargo, despues de subir á un tercer piso...

Conde. No he podido pegar los ojos en toda la noche; me parece que tengo calentura.

Celedonio. Sí...! suelo yo producir efectos espantosos... Sin embargo, no le he dicho mas que dos palabras: Curro el...

Conde. Basta... no se moleste usted en repetir... Oí perfectamente; pero cómo ha sabido usted...?

Celedonio. He viajado tanto...! He vivido veinte años en la Habana... Buen pais para hacer fortuna; no es cierto?

Conde. La Habana... sí... he oido hablar...

Celedonio. Pero alli, como en todas partes, para hacer fortuna, es preciso empezar por algo, tener algun capitalito, y yo llegué sin nada, nada absolutamente, excepto muy recientes disposiciones para la economía... Pero felizmente encontré un hombre providencial... un hombre que debiera estar engarzado en oro... su padre de usted... Alli se ocupaba en prestar diuero á las gentes por la friolera de un cincuenta ó un sesenta por ciento... Y véase la injusticia de los hombres, tenían valor de llamarle usurero.

Conde. Oh! qué injuria!

Celedonio. No se enfade usted... Si era usura, le debe usted sus caballos, sus coches, sus placeres... A no ser por ella, qué sería usted ahora? cocinero tal vez como su abuelo.

Conde. Oh! eso ya...

Celedonio. Daba bastante bien de comer, su abuelo de usted... Allá en aquel figon... mas de una vez maté en él el hambre... usted era entonces un chiquillo... así... y le llamaban Currillo el Morenillo.

Conde. Bien, y aunque eso sea, ahora...

Celedonio. Ahora despues de haber gastado alegremente cuanto le dejó á usted su padre, no le quedan mas que deudas... Por cierto que se ve usted en muy estraños apuros para escapar á tanto acreedor como le acosa.

Conde. A mí?

Celedonio. Y á pesar de su travesura, le faltan á usted ya los recursos y las mentiras.

Conde. (*Aparte.*) Este hombre tiene pacto con el demonio... (*Alto.*) Recursos! recursos...! me sobran todavía, y ya verá usted...

Celedonio. Sí... tiene usted el juego... pero no muy limpio... Ya se ve, eso de esponerse uno á perder... vale mas asegurar la ganancia... Y para eso hay medios... Verbi gracia, ayer cuando jugaba usted con don Fernando Contreras, y le favorecia tanto la suerte, recogí á su lado este naipe... Es un rey de copas.

Conde. Un rey de copas!

Celedonio. (*Enseñándole el naipe.*) A qué diablos de baraja pertenece esta figura?

Conde. Es un rey como otro cualquiera...

Celedonio. Está ladeado... y dónde ha ido á parar el pié izquierdo?

Conde. Se habrá borrado... y sobre todo, qué sé yo...? Hace usted unas preguntas... Pero venga...

Celedonio. Este naipe...? No, lo guardo.

Conde. Lo guarda usted...? Explíquese... Qué quiere usted de mí...? A qué llamarme...? Qué haré yo para verme libre de usted?

Celedonio. A eso queria yo que viniésemos á parar... Hoy mismo va usted á partir para Lisboa.

Conde. Yo?

Celedonio. Andandito.

Conde. Pero cómo?

Celedonio. Tomando la posta... Allí podrá usted echarla de conde á sus anchuras... pero no vuelva á Madrid, porque entonces hay persona aquí que tiene en su poder ciertos documentos, y que pudiera muy bien meterle á usted donde no le dé el sol en mucho tiempo.

Conde. Pero si no tengo dinero para...

Celedonio. Ya le he ajustado á usted una silla de posta, y aquí tiene usted su pasaporte.

Conde. Calla!

Celedonio. Y además esta letra de cincuenta mil reales sobre una de las mejores casas de Lisboa, y cuya cantidad se le pagará á usted en doce plazos.

Conde. Jesús! Veo visiones... Cómo agradecer...?

Celedonio. Sin agradecimiento. No lo hago por usted; yo no le quiero, ni tengo por qué quererle... Por lo demás marchará usted solo... En este papel están las instrucciones que le doy.

Conde. (*Leyendo el papel.*) Qué veo? Debo partir con...?

Celedonio. Bueno... bueno... Vaya usted á hacer sus preparativos, no hay tiempo que perder.

Conde. Voy... voy corriendo... (*Aparte.*) Cosa mas rara! A hora estoy por creer que es el mismo diablo en persona.

ESCENA IV.

DON CELEDONIO.

Ya me he descartado de este. En cuanto á su compañera de viaje estoy seguro que aceptará...! Entonces ya nada queda por hacer... negocio concluido... Los asuntos pecuniarios, el reposo del marido, la dicha de la muger, todo está calculado, previsto, asegurado. Hé aquí el fruto de veinte años de trabajos... Mi deuda queda satisfecha... Pero en cambio me quedo sin nada... No importa: soy viejo y poco podré ya vivir... Solo, sin hijos, sin familia, con cualquiera cosa me mantengo... Vamos... vamos. (*Toma el sombrero.*)

ESCENA V.

DON CELEDONIO. DOÑA GERÓNIMA, *trayendo un caballete, una paleta y un lienzo.*

Gerónima. Con su permiso de usted, señor don Celedonio: la hora ha pasado ya, y traigo aquí estos trastos.

Celedonio. Qué es eso?

Gerónima. Los chismes del vecino de al lado.

Celedonio. Cómo es eso? Es don Luis quien va á ocupar ahora esta habitacion?

Gerónima. Sí, señor... El pobre no tiene allí mas que un cuarto que le sirve de estudio, de dormitorio, de todo. Ya conoce usted que no puede recibir á las personas que quieran retratarse; y como parece que espera hoy por la mañana á cierta señora...

Celedonio. Una señora!

Gerónima. Sí, una á cuya casa iba antes, y que ahora... Mire usted el retrato, está empezado...

Celedonio. (Aparte.) Ella es...! Cielos...! Qué suceso...! No habia previsto...

Gerónima. Aquí al menos podrá estar esa señora con mas decencia... Por esto es la prisa... Pero qué tiene usted...? Se pone usted malo...? Le incomoda que haya dispuesto de esta habitacion? Como me dijo usted que se marchaba...

Celedonio. Marchar...? No faltaba mas. Y en el último momento, cuando creí que todo estaba arreglado...! -Ah! mugeres! mugeres...! Pues no se dirá que he trabajado en valde... No serán vanos mis sacrificios.

Gerónima. Pero, señor, parece un loco.

Celedonio. Demos un golpe decisivo... sí... A qué hora debe venir esa señora?

Gerónima. A las once.

Celedonio. (Aparte.) Por fortuna el agente no entregará el paquete hasta las doce... y tengo tiempo... Vamos, calma y serenidad.

Gerónima. Acaso se vuelve usted atrás de lo dicho?

Celedonio. No, no, señora... Dejo libre este cuarto.

Gerónima. Gracias, gracias.

Celedonio. Pero este solo; en cuanto al gabinete, me quedo con él por algunos dias, pues hoy ya no puedo marcharme.

Gerónima. Bien, pero...

Celedonio. El gabinete tiene una puerta que da al corredor; y así los dos huéspedes podemos estar independientes el uno del otro, y entrar y salir sin incomodarnos.

Gerónima. Bien... no hay inconveniente... siempre que sea por pocos días.

Celedonio. Acaso por hoy solo... Ah! Está libre ahora el criado?

Gerónima. Sí, señor.

Celedonio. Bueno; podré hacer venir aquí á todas las personas que necesito. (*Mirando por la puerta de la derecha.*) Hola! El vecino está en acecho... Quede usted con Dios, señora: hasta luego. (*Vase.*)

ESCENA VI.

DOÑA GERÓNIMA. DON LUIS. DON CELEDONIO, *oculto.*

Gerónima. (Sola.) Qué hombre tan raro! Al revés de otros, tiene mala cara y buenos hechos... Me parece que está algo tocado de la cabeza... No siento que se vaya; sabe cuanto pasa; y esto es cosa que no les acomoda á los huéspedes... Hola! Señor don Luis.

Luis. (Saliendo.) En fin, ya se fué ese hombre.

Celedonio. (Abriendo con cuidado la puerta del foro.) Sí, pero ha vuelto.

Luis. No es poca fortuna; porque en mi cuarto no hubiera podido recibir á una señora tan principal. Aquí al menos...

Gerónima. Oh! esta es una habitacion muy bonita; y aunque algo alta... Con que ya queda usted instalado... yo tengo que hacer... Hasta luego. (*Vase.*)

ESCENA VII.

DON LUIS.

Preparémonos... Si vendrá...? Sí: su promesa fué sincera. Qué sorpresa la mia cuando he recibido su recado. Ya todo estaba concluido entra ella y yo: era preciso renunciar á verla, y cuando mas desconsolado estaba...

Qué felicidad! Apenas puedo creerla... Sin embargo, hoy me siento mas animado. Ayer todavía no sé qué escrúpulos detenian una declaracion en mis labios; pero despues de haber visto la insolencia de su marido, ya no reparo en nada, y me entrego todo á un afecto que la venganza legitima... Luego, si quiere, le daré la satisfaccion que me pida... Pero oigo pasos... Si será...? Sí... sí... ella es... cumplió su palabra... Ó dicha!

ESCENA VIII.

DON CELEDONIO, *oculto*. DOÑA GERÓNIMA. DON LUIS. DOÑA ROSA.

Gerónima. Por aqui, por aqui.

Luis. Señora... tenga usted la bondad de tomar asiento.

(*Hace ademan de que no.*)

Gerónima. (*Bajo.*) Señor don Luis, qué lindo retrato va usted á hacer!

Luis. Sí... sí.. pero déjenos usted.

Gerónima. Bien... bien... ya me voy. (*Vase.*)

ESCENA IX.

DON LUIS. DOÑA ROSA. DON CELEDONIO, *oculto*.

Rosa. Mi vénida aqui le sorprende á usted sin duda.

Luis. Señora, tanto favor...

Rosa. Mi esposo le ha hecho á usted un ultraje que no merece... Debe usted estar ofendido... Y por lo mismo, estándole cerrada sin motivo la puerta de mi casa á un artista distinguido, justo es que yo venga á la suya.

Luis. Ah! señora, mi gratitud...

Rosa. No me debe usted ninguna; mi objeto al venir aqui es el hacerle á usted una súplica.

Luis. Cúal?

Rosa. Mi marido no sabe las señas de esta casa: temiendo una nueva ofensa, me he negado á dárselas; pero si la descubricse, si le mandase á usted algun recado...

Luis. Y bien, señora?

Rosa. Prométame usted que por muy justo que sea su resentimiento, lo olvidará en consideracion al paso que doy ahora.

Luis. Cómo! Exige usted...

Rosa. Lo suplico... Me dirijo á usted con toda confianza, como á un hombre de honor, como á un amigo... Me lo negará usted?

Luis. Disponga usted de mí, señora... Manda usted en mis afectos, en mis palabras, en mis acciones... Yo me envaneceré con mi obediencia: porque su venida de usted aqui me realza á mis propios ojos.

Rosa. (*Sonriendo.*) Bien... basta... Con que su enojo de usted...

Luis. El enojo, el odio no tienen cabida en mi corazón cuando la veo á usted, cuando la hablo. Con gozo los sacrifico; y sacrificaría igualmente todas mis esperanzas, rompería por usted hasta mis pinceles.

Rosa. No, eso no; pues este es al contrario el momento de tomarlos. Tengo mas empeño que nunca en que se concluya mi retrato, á fin de probar á mi marido... Pero mire usted que este es el último día.

Luis. Si así lo exige usted...

Rosa. Es preciso... Está usted seguro de concluir el retrato en una hora?

Luis. Ah! que exige usted de mí...? Poco es una hora... Sin embargo, lo prometo... Fácil será para quien tiene siempre impresa aquí esa imagen encantadora. (*Señalando la frente.*)

Rosa. Luego haría usted mi retrato de memoria?

Rosa. Lo tengo hecho, señora, hèle aquí. (*La enseña un medallon.*)

Rosa. Qué veo?

Luis. Esta es su imagen de usted... no fría y severa como la veo ahora; pero buena, indulgente, y tal como la veo en medio de mis trabajos, en todas partes, á todas horas: tal, en fin, como está esculpida en este corazón.

Rosa. (*Con severidad.*) Caballero, despues de lo que veo, tengo por inútil el permanecer aquí mas tiempo. Esta miniatura se parece en extremo; y aunque mi intención era tener un retrato de tamaño natural, este está tan bien, que lo guardo.

Luis. Lo guarda usted?

Rosa. Pues; no me pertenece?

Luis. Y qué hará usted de él, señora. Lo entregará á don

Fernando, para que me envíe su precio con uno de los criados?

Rosa. Mi presencia aquí prueba bastante que no autorizo á nadie para humillarle á usted.

Luis. Pues bien, señora, si usted se apiada de mí... la suplico complete usted su obra... Confíe ese retrato al hombre mas agradecido, mas discreto.

Rosa. Con qué derecho se atreve usted á pedirlo? Abusar así del talento, de la confianza, para reproducir las facciones de una muger sin que ella lo sepa, haciéndola cómplice á pesar suyo...

Luis. Todos ignorarán...

Rosa. Pero yo lo sabré!

Luis. Pues bien, diré á usted la verdad entera: desde el primer día en que la vi, en que me llamó usted á su lado, desde entonces la amo.

Rosa. Caballero...! Eso es abusar...

Luis. La amo á usted... sí... lo repito... Cuando á impulsos de tanta bondad, tanta indulgencia, cuando indignada de la afrenta que se me hacia, ha venido usted aquí... lo confieso, he tenido un momento de esperanza.

Rosa. Cielos!

Luis. Al menos, no puede usted arrebatarme á un infeliz la última ilusión que le queda, ese retrato.

Rosa. Mi respuesta está ya dada... Quede usted con Dios.
(*Quiere salir.*)

Luis. Ah! no me quitará usted este último consuelo... Con ese medallón me arrebatara usted mi dicha, mi talento, mi vida.

Rosa. Señor don Luis...

Luis. (*Arrodillándose.*) Un momento, señora, por favor.

Rosa. Qué atrevimiento!

Luis. No me reduzca usted á la desesperación... Nada pido, nada, sino ese retrato: será un último recuerdo.

Rosa. Y un á Dios eterno?

Luis. Un á Dios... Pues bien, si... sí, señora, lo juro.

Rosa. Siendo así... (*Luis alarga la mano para tomar el medallón, pero don Celedonio, que habrá salido del gabinete, se coloca entre los dos y lo coge primero.*)

Celedonio. Gracias, señora.

Rosa. (*Retrocediendo.*) Cielos!

Luis. (*Lo mismo.*) Siempre este hombre!

Celedonio. Señora, á los pies de usted... Vecino! buenos dias.

Rosa. Caballero... no crea usted... mi intencion era...

Celedonio. Su intencion de usted era buena: bien lo sé, puesto que todo lo he oido.

Luis. Y con qué derecho se ha introducido usted en esta habitación?

Celedonio. Toma! Con el derecho que cada cual tiene de entrar en su casa.

Luis. Cómo? Yo...

Celedonio. Mios son estos dos cuartos... usted se ha apoderado del uno... con que espero que me hará usted el favor de...

Luis. No piense usted que...

Celedonio. A no ser que se quiera usted encontrar aqui con el marido de esta señora.

Rosa. Mi marido!

Celedonio. A quien he suplicado venga á verme.

Luis. Y ha osado usted...

Celedonio. Yo me atrevo á todo.

Luis. Es usted un hombre abominable, y...

Rosa. Tenga usted la bondad de acompañarme hasta mi coche.

Celedonio. Su coche de usted no está ya ahí: lo he mandado retirar.

Rosa. Cómo!

Celedonio. Se quedará usted... Mi plan lo exige.

Rosa. Cielos...! No es posible que quiera usted perderme.

Celedonio. No por cierto... Muy al contrario.

Luis. No se fie usted de él, señora... La venderá... Y no con otra intencion se ha apoderado...

Celedonio. Del retrato...? Mucho le duele á usted... Y para qué diablos quiere usted tanto retrato de muger...? Hace usted coleccion de ellos...? No le basta con el de su novia?

Rosa. Cómo?

Luis. (*Bajo.*) Ah! por Dios... calle usted.

Celedonio. Sí, señora, su novia... Preciosa criatura... Si quiere usted conocerla, no tiene mas que entrar en el estudio... á mano derecha... alli está el retrato en grande, como el de usted... y luego en pequeño... tambien como el de usted.

Rosa. Ah!

Luis. Acabará usted...?

Celedonio. Qué talento de espresion...! Bien se ve en su cara la gracia, la bondad que tantas veces me ha ponderado usted.

Luis. Ya es demasiado... A pesar de su edad de usted no ha temido provocar este escándalo... pues bien, tampoco temerá usted darme una satisfaccion... Vamos luego.

Celedonio. Luego, no... Necesito tener por mia toda la mañana... me es mas preciosa de lo que puede usted creer. Pero suena un coche... Sin duda es don Fernando.

Rosa. Cielos!

Luis. Que venga! Aquí me quedo para recibirle.

Celedonio. Ahora soy yo quien le dice á usted si quiere perderla.

Luis. Me responde usted de su seguridad.

Celedonio. Por vida de...! No he probado ya que la aprecio mas que usted?

Luis. Bien, bien... le dejo á usted todavía algunos instantes de respiro... pero le aseguro que no se me escapará.

Celedonio. Sí, pero entre tanto, fuera de aquí... Apenas le queda á usted tiempo para meterse en su cuarto. (*Vase don Luis.*) Perfectamente... ya ha cerrado su puerta. En cuanto á usted, señora, ocúltese en ese gabinete. (*Vase doña Rosa por el gabinete.*) Ahora ya puede entrar.

ESCENA X.

DON FERNANDO. DON CELEDONIO. DOÑA ROSA, *oculta.*

Fernando. Acudo, caballero, á la cita que me ha dado.

Celedonio. (*Saludando.*) Señor don Fernando...

Fernando. Me ha mandado usted un recado en nombre de mi principal acreedor... por lo tanto, no es á la casa de un amigo adonde vengo, sino á la de un hombre que se ha hecho dueño de mi suerte... Acabo de saber que hasta los créditos que menos recelo me inspiraban, todos los ha adquirido usted... de suerte que ahora posee todos los derechos que tengo cedidos sobre mis bienes... Hé aquí, pues, la recompensa de la buena acogida que ha encontrado usted en mi casa...! De qué otro modo se comportaría el enemigo mas encarnizado? Qué agravios ha recibido usted de mí?

Celedonio. Señor don Fernando, disimule usted primero que le haya citado á mi casa en vez de ir á la suya. Para hablar de ciertos asuntos, la presencia de una muger es siempre...

Fernando. Vano recelo... Mi muger no está ahora en casa.

Celedonio. (Mirando hácia el gabinete.) Ah! no está?

Fernando. Todas las desgracias me suceden juntas... tengo un recelo... Pero vamos, despachemos pronto.

Celedonio. Falta todavía alguien para nuestra conferencia.

Fernando. Quién?

Celedonio. Un conocido... Me parece que es él... sí... él es.

Fernando. Zefirini!

ESCENA XI.

DICOS. ZEFIRINI.

Zefirini. O dio...! Una silla...! per pietá... Non posso piú. Cuánta escalera... Lasciatemi respirar. (Se sienta.)

Celedonio. No ha reparado usted en el señor don Fernando.

Zefirini. (Se levanta y saluda.) Mio padrone... Nobile protettore! Lasciatemi darvi mille grazie... Oh! mia gratitúdiine...

Fernando. Gratiud? Y por qué.

Zefirini. Al primo, por il brillante contrato que habete proporcionato á mi sobrina nel teatro de Lisboa.

Fernando. Yo?

Zefirini. Sei milli duros... é magnífico... non so come espresare mia gratitúdiine... Máncauo i parole...!

Fernando. Está loco.

Celedonio. (Colocándose entre ellos.) Cuánto me alegro, señor don Fernando, de haber sido yo el conducto de tan feliz negociacion...! Y Nineta acepta?

Zefirini. Está loca di contento... Saltaba de alegría á questa noticia.

Fernando. Ah!

Zefirini. É cautaba, é rideba... poverina!

Celedonio. Y eso, á la hora de partir... No es cosa que enteruece, señor don Fernando?

Zefirini. Ed io... ritorneró á ser capo di coro... Ma dove está nuestro compañero di viagio?

Fernando. Tiene usted un compañero?

Celedonio. Y le conoce usted.

Zefirini. Yo non lo conozco... É un señor respetáble, come diche il señor don Cheledonio.

-ESCENA XII.

DICHOS. EL CONDE, *en traje de viaje.*

Conde. Vamos pronto, señor Zefirini, la silla de postas nos espera.

Fernando. El conde!

Conde. Fernando! (*Aparte.*) Diablo! (*Alto.*) Amigo, sabiendo que estabas aqui, he querido darte un abrazo antes de ponerme en camino.

Zefirini. Ma... il mio compañero é cuesto?

Celedonio. El mismo.

Zefirini. Il señor respetáble... (*Al conde.*) Perdonátemi, mio padrone, sempre vi aveva tenuto per un giòvinotto. Ho la vista corta...

Fernando. Pero sabremos al fin...?

Celedonio. Esto quiere decir que para cortar ciertos rumores injuriosos, ha dispuesto usted la marcha de Nineta... haciendo este sacrificio al amor y á la amistad.

Conde. De veras, amigo?

Celedonio. Oh! es un rasgo magnífico de generosidad... digno de sus nobles sentimientos... Le doy á usted el parabien... y permita que se lo dé igualmente otra persona que he hecho venir adrede para presenciarlo... (*Yendo al gabinete.*) Venga usted, señora, y dé usted gracias á su esposo por una accion tan noble.

Conde y Zefirini. Doña Rosa!

Fernando. Mi muger.

Rosa. Amigo mio!

ESCENA XIII.

DICHOS. DOÑA GERÓNIMA.

Gerónima. Don Luis, don Luis.

Fernando. Don Luis!

Rosa. Cielos!

Celedonio. Esta es otra! (*Aparte.*)

Conde. Cómo?

Gerónima. Dios mío! Cuánta gente en su cuarto!

Fernando. En su cuarto!

Celedonio. (*Pasando al lado de doña Gerónima.*) Ya se ve que sí.

Gerónima. Todavía está usted aquí?

Celedonio. Y bien, qué le quiere usted.

Gerónima. Un portero de la gefatura política.

Celedonio. Ya sé lo que es... entre usted en el cuarto inmediato... en el mío.

Gerónima. En el de usted?

Celedonio. Ya se ve que sí, en el mío... Vamos... pronto...

(*La empuja para que salga.*)

Fernando. Esta es la habitacion del pintor?

Celedonio. Sí... era lo mas cómodo... Le tenia á mano.

Fernando. Y estaba aquí?

Celedonio. No queria, pero yo le he hecho quedarse.

Fernando. Por qué?

Celedonio. El pobre jóven tiene la cabeza trastornada... No es estraño... se va á casar... Asi es que me aproveché de estar aquí la señora, y quieras que no, en mi presencia, y sin levantar mano, le he hecho concluir la obra que le estaba á usted destinada... Héla aquí. (*Le da el medallón.*)

Fernando. Qué veo...? su retrato!

Celedonio. Concluido ya... oh! y por esta vez, bien concluido. Ya se ve... no habia tiempo que perder... Mañana es su santo de usted, y por eso...

Conde. Mi santo! Es verdad... Habrá funcion... Estoy por retardar mi viaje y...

Celedonio. Haria usted mal... (*Bajo.*) El primer plazo del dinero es á ocho dias fecha, y si se queda usted...

Conde. No... no... Amigo, á Dios... Señora, á los pies de usted. Vamos, tío.

Zefirini. Su tío!

Celedonio. En eso vendrá á parar... (*Empujándolos hácia afuera.*) Ea, márchese usted... que se pasa la hora... Buen viaje, señor Zefirini... Cuidado con romperse la cabeza... la escalera es mala.

ESCENA XIV.

DON CELEDONIO. DON FERNANDO. DOÑA ROSA.

Fernando. Querida Rosa!*Celedonio.* Este es el instante que esperaba... No mas falsos amigos... no mas relaciones ruinosas para el uno... no mas peligros para la otra... Ahora, á Dios, amigos míos.*Fernando.* Nos deja usted?*Celedonio.* Es preciso.*Rosa.* Cuándo nos restituye usted la felicidad!*Celedonio.* Ya no me necesitan ustedes. Bien lo saben. Soy un hombre acostumbrado á viajar... y voy á tierras en que probablemente no volveremos á vernos.*Fernando.* Cómo?*Celedonio.* No pido mas que un favor... y es que me den ustedes un abrazo.*Fernando y Rosa.* Ah! sí... *(Se abrazan.)**Celedonio.* Amigo don Fernando... la mano... No quiero enternecerme... firmeza... A Dios... á Dios.*Fernando.* Le acompañaremos á usted.*Celedonio.* No... no... quédense ustedes... Por última vez, á Dios.

ESCENA XV.

DICHOS. DON LUIS.

Luis. Detengase usted, caballero... No piense que ha de marcharse sin darme una satisfaccion... Añadir el escarnio al insulto...! Enviarme un pasaporte! Señores, los he ofendido á ustedes, lo conozco, pero repararé mis agravios vengándoles de este hombre, cuyo odio nos ha perseguido á todos, y de cuya perversidad hé aqui tal vez una nueva prueba. *(Enseñando un paquete sellado.)**Fernando.* Cómo! qué es eso?*Luis.* Este paquete sellado que han llevado con urgencia á su casa de usted de parte del señor, y que acaba de traer á usted un criado.*Celedonio.* *(Aparte.)* Mi pliego! Me he detenido demasiado.*Luis.* Qué será...? Veamos.*Celedonio.* Pues bien, lean ustedes... en alta voz... Este será mi castigo.

Fernando. (*Abre el pliego y lee.*) "Fernando: un hombre á quien considerará usted en adelante como el angel de su guarda, le ha curado de las pasiones que le arrastraban al precipicio. Ha restablecido la paz en su casa, y el orden en sus negocios... Reunidos por él todos los créditos que existian contra usted, se los devuelve..."
Con efecto, aqui estan los recibos.

Rosa. Es posible?

Luis. Cómo?

Fernando. Ah! señor...

Celedonio. Prosiga usted.

Fernando. (*Leyendo.*) "Adjuntos le remite á usted tambien los títulos de los bienes que pertenecieron á su padre, y que ha comprado á sus actuales poseedores." Los bienes de mi padre!

Celedonio. Prosiga usted... prosiga usted.

Fernando. (*Leyendo.*) "En vista de esto, va usted á bendecir sin duda á su bienhechor: pues sepa usted que esto no es un regalo, es una restitucion."

Celedonio. Sí... una restitucion.

Todos. Ah! (*Don Fernando queda absorto.*)

Celedonio. Déme usted esa carta... acabaré su lectura. (*Se coloca entre ellos y lee.*) "Yo fuí un hombre fatal para su padre de usted. La misma pasion, la del juego, nos devoraba á entrambos... Sentados á una misma mesa, jugamos con furor el uno contra el otro; hasta el momento en que de la vuelta de un dado dependió mi ruina ó la suya... Pues bien, yo fuí quien gané; y mi hermano..."

Fernando. Es posible?

Rosa. Dios mio!

Celedonio. Gané, sí... pero ese dinero tan mal adquirido, me aprovechó poco... en menos de un año, yo tambien lo perdí; y desde aquel instante, una sola idea me ha sostenido, la de devolver á usted los bienes de que despojé á mi hermano... á su padre. Ya lo he conseguido... Ahí estan esos bienes, tómelos usted... Fernando, Rosa... queria castigarme partiendo y no volviendo á ver á ustedes...

Fernando. Ah! qué dice usted... usted, nuestro bienhechor...! Sea usted justo para con usted mismo... Toda una vida empleada en reparar una falta, es mas

que virtud, es heroicidad... Ah! si mi padre viviese, no pensaría mas que en darle á usted las gracias por el bien que acaba de hacer á sus hijos.

Celedonio. Qué dice usted?

Rosa. Piense usted que no está solo en el mundo... no existimos nosotros...? No nos trate usted como á ingratos... Hallará usted en mí una hija; y tendré por usted tanto afecto, tantos cuidados...

Celedonio. Bien, pero será preciso que me concedan ustedes un rincon en su casa.

Fernando. Disponga usted de cuanto poseemos.

Celedonio. Con una condicion; y es que les he de servir á ustedes todavía de algo... Seré su administrador... cuidaré de sus intereses...

Fernando. Ese será para nosotros un nuevo beneficio.

Luis. Ah! señor, le admiro á usted.

Celedonio. Sí... pero váyase usted pronto á Sevilla... Y vosotros, queridos sobrinos, abrazadme.

FIN DE LA COMEDIA.

